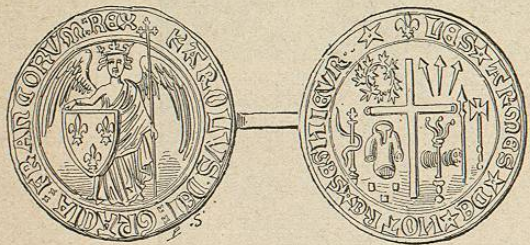


figuraban casi siempre individuos del clero: cuando se representó en Angers la *Pasión* de Juan Michel, dos canónigos desempeñaban los papeles de Dios y de Judas, y un capellán el de la Virgen, y comenzó la función con una misa que se dijo «en un altar convenientemente dispuesto, á fin de mejor imponer y obtener silencio.» A veces, el ciclo de representaciones terminaba con un *Tedum*.

La víspera del día en que dichas representaciones empezaban, se verificaba la «exhibición» de los actores por la ciudad: judíos, sarracenos, romanos, sacerdotes y apóstoles, desfilaban á pie, á caballo ó en carro, al son de músicas y seguidos de la cuadrilla de demonios que disparaban cohetes; y toda aquella muchedumbre abigarrada se dirigía á la catedral para oír una misa solemne.

Los misterios despertaban extraordinario entusiasmo,



Medalla de Carlos VII

sólo comparable con el que inspiraban á los griegos los Juegos Olímpicos. Las graderías que se construían al aire libre, generalmente en la plaza pública, contenían frecuentemente quince ó veinte mil espectadores; durante la representación suspendíanse todos los trabajos y las casas quedaban vacías y las calles desiertas: la población en masa, sin contar la gente de los alrededores, asistía al misterio, y los mejores sitios eran ocupados desde las cuatro de la mañana. Se hacía necesario adoptar precauciones especiales para guardar la ciudad contra los ladrones; así en el período más espantoso de la guerra de Cien Años, en 1425, cuando la Auvernia se veía devastada por las tropas ligeras, representóse en Saint-Flour una *Pasión*, á la que asistieron los habitantes de los alrededores, y sólo se dejó abierta una puerta de la población, custodiada por una numerosa guardia, durante los tres días del espectáculo. Todas las clases de la sociedad tomaban parte en estas fiestas y no pocos nobles se alistaban entre los actores al lado de los sacerdotes, de los jóvenes clérigos y de los artesanos. Esos actores desempeñaban sus papeles con un entusiasmo que nada lograba entibiar, sucediendo á veces que Satanás fué quemado por los fuegos del infierno, que Jesús creyó morir de veras en la cruz y que Judas estuvo á punto de estrangularse con su cuerda: por nada del mundo se habría interrumpido la representación; era una ceremonia sagrada al mismo tiempo que un entretenimiento.

La historia de la representación de los misterios demuestra cuán profundas raíces tenía entonces echadas la religión en las almas, qué atmósfera sobrenatural envolvía la vida toda y cuán candorosa y familiar intimidad mantenían los franceses del siglo xv con la Divinidad, con los personajes bíblicos y con el mundo de los santos y de las santas.

IV.—La caridad y los hospitales (1)

La guerra de Cien Años destruyó en parte el sistema de asistencia que la caridad cristiana había creado y desarrollado durante la Edad media.

Además de los socorros prestados por las iglesias y los monasterios, habíanse, en efecto, multiplicado desde el siglo xi las obras de beneficencia sostenidas por los laicos. Se había empleado mucho dinero, mucha abnegación y mucho ingenio para luchar contra las enfermedades y contra la pobreza, y la gente hacía limosnas y albergaba en su casa á los indigentes ó contribuía á la fundación y al sostenimiento de hospitales por medio de donaciones y legados. Esos hospitales, que tenían como directores y como enfermeros á eclesiásticos, servían de asilos para los enfermos y para las parteras, de hospicios para los pobres y de hospederías para los peregrinos. Su número era extraordinario: los había en la mayor parte de las aldeas; Tolosa contaba siete, por lo menos, en 1430, y Arrás unos quince. Las asociaciones de beneficencia revestían las formas más variadas; las cofradías de artesanos tenían á menudo una caja de asistencia mutua y hacían además donativos importantes á los pobres de la ciudad. Había también cofradías no profesionales, de un carácter exclusivamente religioso y caritativo: la asociación más vasta de este género fué la orden hospitalaria del Espíritu Santo, fundada en Montpellier á fines del siglo xii, que pobló con sus benéficos establecimientos el Mediodía de Francia y la Borgoña y se extendió por fuera, en el Frando Condado, en Provenza y en Italia. Algunas municipalidades ocupábanse asimismo de asistencia pública y tenían oficinas de beneficencia, «caridades,» como entonces se decía. Por último, muchas ciudades tomaban á su servicio médicos titulares á quienes pagaban un sueldo.

La guerra de Cien Años no mató el espíritu de caridad, pues ya hemos visto que en los testamentos del tiempo de Carlos VII jamás se olvidaba á los pobres, y la pequeña población auvernesa de Felletin, que en el siglo xv no contaba más que un millar de habitantes, encontraba medio de distribuir todos los años entre los indigentes 200 hectolitros de centeno. En cambio, la guerra arruinó á los hospitales, porque sosteniéndose casi todos ellos merced á una explotación agrícola aneja á la misma ó á rentas procedentes de propiedades territoriales, la desolación de los campos les privó de recursos. Además los ingleses y las tropas ligeras saquearon desapiadadamente aquellos establecimientos, llevándose las camas, las sábanas y el mobiliario. Aquello fué el comienzo de una desorganización general del régimen hospitalario, ya que para reparar todas aquellas ruinas habrían sido precisas, una vez terminada la guerra, mu-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Las monografías son muy numerosas. Además de las obras publicadas hasta 1892, enumeradas por M. Luchaire, *Manuel des Institutions françaises*, 1892, páginas 138 y 143, se consultarán principalmente los trabajos de M. León Legrand insertos en las «Mémoires de la Société de l'Histoire» de París, desde 1886, en la «Revue des Questions historiques,» 1898, tomo I, y en la «Bibliothèque de l'École des Chartes,» 1896 y 1900. P. Le Cacheux, *L'Hôtel-Dieu de Coutances*, 1895-1899. A. Prudhomme, *L'assistance publique à Grenoble*, tomo I, 1898. F. Autorde, *Les Charités de Felletin*, 1897. Padre P. Brune, *Histoire de l'ordre hospitalier du Saint-Esprit*, 1892 (importante crítica de L. Delisle: «Journal des Savants,» 1893).

cha energía y mucha abnegación, y por el contrario las gentes de iglesia que administraban los hospitales excitaron la indignación general con sus concusiones y sus vicios. El hospital de París, sobre todo, fué teatro de abominables escándalos, y la mayoría de hospitales rurales desaparecieron y no fueron reemplazados.

A nadie se le ocultaba, en el siglo xv, la necesidad

de nipotencia de los concilios generales, disminuyendo los derechos fiscales de la Santa Sede y restaurando las elecciones canónicas. La Pragmática Sanción de Carlos VII pareció dar fuerza de ley en Francia á sus decisiones, pero no fué más que una añagaza y ya veremos cómo por culpa de la monarquía fracasó el esfuerzo más grande que jamás haya intentado la Iglesia anglicana.



Felipe el Bueno ante Santa Isabel y la Virgen, acompañado de San Felipe y de San Andrés. (Biblioteca Nacional de París.)

CAPITULO IV

EL MOVIMIENTO INTELECTUAL

I. El medio. Los Mecenas. Las escuelas y las universidades.—II. La teología, las ciencias, la historia, la política.—III. La poesía lírica y popular, la novela y la narración en prosa, el teatro.—IV. Las artes.

I.—El medio. Los Mecenas. Las escuelas y las universidades (1)

Se ha dicho que el final de la guerra de Cien Años ha sido un período de «interregno» en la historia intelectual de Francia, excepción hecha de los dominios borgoñones, que estaban más al abrigo de las calamida-

des de una reforma de la Iglesia. El clero conservaba aún su imperio sobre las almas, y sus riquezas materiales, disminuídas durante la guerra, podían ser en parte reconstituídas; pero era preciso establecer una distribución equitativa de sus recursos, condición primordial para poner término á escándalos inauditos, á menudo engendrados por la guerra y para tener sacerdotes instruídos y honrados. Logrado esto, podría emprenderse una lucha fructuosa contra las supersticiones populares que desfiguraban el dogma y el culto, y se podría pensar en restaurar las obras de caridad cristiana, debiendo ser la base de toda reforma la colación de beneficios. Pero los hombres que se sucedían en el solio pontificio no parecían dispuestos á curar la llaga que la Iglesia católica entera padecía. Los prelados y doctores, en su mayor parte franceses, que se reunieron en Basilea en 1431 trataron de remediar el mal estableciendo la om-

(1) FUENTES.—Denifle y Châtelain, *Chartularium Universitatis Parisiensis*, tomo IV, 1897; *Auctarium Chartularii*, to-